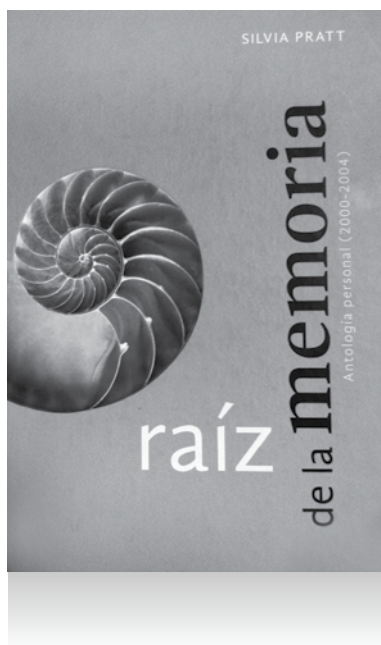


La palpitación del vacío

HEBER QUIJANO



Silvia Pratt (2013), *Raíz de la memoria. Antología personal (2000-2004)*, Toluca, FOEM.

La poesía tiene la facilidad de inmiscuirse en todos esos resquicios en los que nosotros, los mortales, malgastamos la vida; pero hace mella sobre todo en esos vacíos que se van formando en nuestro espíritu, como las arrugas en el rostro, con el paso del tiempo. Y es que hay vetas que se consagran cada que la palabra pregonada desde el altar de lo sagrado se enarbola, cuando ese cántico empieza a suministrarle al rito una vía para comunicarse con aquello que podemos llamar 'lo divino'. Después de leer *Raíz de la memoria. Antología personal (2000-2004)*, de Silvia Pratt, me encontré, como un espectador avezado, a un paso del abismo que se descubre cuando esa sacralidad es fallida, inexistente o nula.

Esta antología recupera los textos elegidos por la autora, como su título lo indica, de 2000 a 2004. En ella se incluyen los poemas provenientes de tres libros: *Espiral irrepitable*, *Caldero ciego* —editados por Editorial Praxis en 2003 y 2000, respectivamente—, e *Isla de luz* —editado por Conaculta en 2004—. Los poemas recogidos en esta antología lindan todos con una intuición: la palpitación del vacío (“Comienzo a sentir el vacío. / Sólo escucho mi voz / y la respiración de las aves que duermen”, p. 164)¹. Ésta se trifurca en tópicos que confluyen: la orfandad paterna, la repetida ausencia de Dios y, a pesar de ese trasfondo de la cosmogonía católica, la noción de la reintegración de la materia al universo. La palpitación del vacío persiste de manera sistemática en todo el libro y no deja un atisbo esclarecedor sino hasta el final. A ello subyace, como una sombra, ese terrible devorador insaciable: el tiempo. Sabemos que nadie ha de salir ileso en la confrontación con semejante rival, pero nos cuesta entenderlo. Nos cuesta la vida. En palabras de Pratt: “Seremos la ceniza que ciñó / Dios en nuestra frente [...] No existe espejo que revierta / el rostro enfurecido de la muerte” (p. 73).

En el arduo trajinar de ese aprendizaje —si es que alguna vez lo asimilamos— se nos llena el buche de piedras, palabras y silencios. La poesía de Silvia Pratt nos revela la tremenda soledad que provoca la muerte de los padres, no sólo en términos emocionales —ya de por sí suficientes para estremecernos—, sino cimbrando la existencia misma del universo: “Amanecí sin ti, madre, y el rostro del mundo / al igual que el mío estaba pálido [...] Madre, esa noche sin ti sólo me arropó el vacío” (pp. 39-40). El sujeto lírico femenino encuentra reflejados rasgos de la madre en sí mismo: “El legado de mi madre fue mi cuerpo, / piel emblanquecida de melancolía, / poros que emanan sal como la estatua, / lánguida luz en las pupilas” (p. 143).

¹ Las citas pertenecen a *Raíz de la memoria. Antología personal (2000-2004)*, por ello, de aquí en adelante sólo se mencionará el número de página correspondiente.

Estos rasgos hacen que la orfandad brille con esa opaca y amarga certeza de la muerte, que siempre nos toma por sorpresa: “mi piel se transformó en azoro / cuando la voz sacrílega / anunció la muerte de mi madre” (p. 59).

Sin embargo, la orfandad se duplica cuando también falta la figura paterna. El vacío demuestra su palpitación con dos estruendos irremediables e irreversibles. El vacío no sólo hiere en la memoria, sino que hiende más allá y, quizá, más profundo: “Ni la faz del cielo retumbó / cuando murió mi padre” (p. 93).

La orfandad paterna y materna se extienden también a la de Dios: “Él retiró su mano, / el aguijón de la orfandad hirió mi cuerpo” (p. 55). Temáticamente, ahí se abre otra grieta. Dios duerme (“Clamé a Dios. / Pero Él dormía bajo la sombra de una higuera”, p. 92), retira su mano para hacernos sentir la orfandad, se aleja, se pierde, se encuentra distante (“Y yo ansiaba el bálsamo de sus ojos / y Él tan distante / como ahora / que las zarzas / violan mi cuerpo” p. 60), o simplemente no está (“Un día sin Dios es un día sin sonido, / un día sin nombre. / Vivir aterrado en un eclipse”(p. 127).

Nulo, este Dios es más una molestia que una solución: “¿Por qué Dios insiste en recordarme mi destino / si ya sé que este tobogán infinito ha de llevarme / a la pira donde arden presurosas las cenizas?” (p. 147). La presencia de Dios sólo magnifica la contundencia del transcurso del tiempo, como si el primero estuviese supeditado, subordinado al segundo: “Si habríamos de hundirnos / en el oleaje iracundo de la existencia / ¿por qué nos diste, Dios, un cuerpo frágil?” (p. 122).

Estamos supeditados a ser un grano de arena, la chispa de una pavesa superior: “Como troncos necios / los hombres / ardemos en la hoguera” (p. 73). En la inmensidad infinita del tiempo nos encontramos sin otras coordenadas que nuestros balbuceos: “En la inmensidad es nuestra voz un trino” (p. 29).

Sin embargo, en el espacio el universo no corre a la par que el tiempo. Al menos parece que no están en el mismo ámbito. El tiempo destruye, el universo —en el espacio, en la materia— conjuga: “Un caldero sagrado el universo [...] Funde todas las sustancias en un solo germen, / funde / los soles en una terca flama / las lunas en un mismo señuelo”(p.149). A ello tenemos que sumar una noción que apenas se esboza: “La espiral regresa al origen” (p. 27). Si bien parece un concepto lejano al del Dios católico ausente, éste de imperio cíclico del universo tiene dos vertientes, aquella en la que todo vuelve a su origen, el movimiento: “Y el girar del viento que bosqueja la espiral eterna, el caracol perpetuo” (p. 33); y aquella en que ese movimiento, como la vida, es único y, a su vez, transitorio: “Vivo mi propio instante en la espiral irrepitible” (p. 32). No por ello queda claro cuál es la razón de

ser de nuestra existencia, pues el sujeto lírico asevera: “Un camino ciego reconoce mis pasos, / me conduce hacia la faz del laberinto” (p. 89).

En este laberinto metafísico en el que los versos se arraciman, hay también un soplo de esperanza, vivificador y con dejos de interpretar el Caos en una Génesis de la presencia, pues “Nada puede borrarse de este mundo. / Cada huella queda tatuada en los senderos, / con punzones se graban en la arcilla nuestros nombres” (p. 162). El segmento *Isla de luz* así nos lo hace creer. Incluso, atreviéndonos un poco, sugiere una génesis: “Aquí volverá a gestarse el mundo. / Aquí los ojos de la aurora lo develarán mañana” (p. 244).

Es necesario, además, agradecer el buen gusto y el esfuerzo del Fondo Editorial del Estado de México, particularmente el concepto editorial de Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué en la colección Summa de Días. Más allá de las pastas gruesas y los llamativos colores de la portada —que no los hace pasar desapercibidos—, hay que aplaudir, sobre todo, la edición de un CD con la voz de los autores leyendo su obra, un sostén nada nuevo que, probablemente, nunca se había realizado en las editoriales institucionales del Estado de México. Sobresale también la elección de los autores, que bien podrían considerarse los más representativos de la literatura escrita en el Estado, entre los cuales hallamos variedad de géneros, estilos y generaciones literarias, por ejemplo: Alberto Chimal, Emiliano Pérez Cruz, Pedro Salvador Ale, Flor Cecilia Reyes, Roberto Fernández Iglesias, Eduardo Villegas y José Luis Herrera, por citar sólo algunos.

La poesía de Silvia Pratt en *Raíz de la memoria* podría apuntarse por estos versos: “quizás el germen de la luz / palpita en el reino de los muertos”(p. 162). Es un libro que responde a una pregunta: “¿Y qué hago aquí con mi palpar de piedra?”. Poesía, sería la respuesta. **LC**

HEBER SIDNEY QUIJANO HERNÁNDEZ. Maestro en Humanidades y licenciado en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México, México. Ha publicado dos poemarios, tres pliegos de poesía, varios cuentos y artículos en diversas revistas del país. Ha participado en festivales culturales y literarios, así como en congresos académicos nacionales e internacionales.